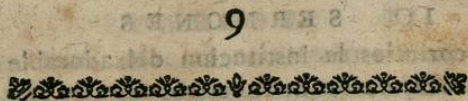


á las circunstancias del día. Sujeto en fin todas mis obras al juicio de la santa romana iglesia y á la censura de los verdaderos sabios, confesando de buena fe que lo bueno que en ellas se halláre debe referirse á Dios, de quien procede; y los yerros que tuvieren se deben considerar como hijos de mi ignorancia.

VALETE.



SERMON

PARA LA OCTAVA DEL

SS.MO SACRAMENTO,

sobre la presencia real.

Ego enim accepi à Domino, quod et tradidi vobis. Epist. I. ad Cor. XI.

23.

Yo á la verdad he aprendido del Señor lo que os he enseñado.

SEÑORES:

Estas palabras sirvieron de exordio á S. Pablo para anunciar á los

corintios la institucion del adorable Sacramento de nuestros altares; y de las mismas no dudo yo usar cuando pretendo manifestaros la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. En la noche misma en que iba á ser entregado, añadió el apóstol, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dixo: tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO, que será entregado á beneficio vuestro: haced esto en mi memoria. Tomó igualmente el cáliz despues de cenar, y dixo: este cáliz es el nuevo Testamento en mi Sangre: haced esto siempre que bebais en mi memoria. Sabiendo se acercaba la hora de partirse á su Eterno Padre, su ingenioso amor le inspiró el medio de quedarse entre nosotros hasta la consumacion de los siglos; porque habiendo amado á los suyos durante su mansion en el mundo, quiso amarlos hasta el fin, como S. Juan se explica, quedándose Sacramenta-

do entre ellos: *cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Por este medio, sin dexar de estar sentado sobre el trono de su gloria, á la diestra de su Eterno Padre, reside sobre nuestros altares con la bondad de un amigo que no acierta á separarse de los que ama, y entre quienes ha colocado sus delicias: *et deliciae meae esse cum filiis hominum.* ¡Qué dignacion! ¡qué amor! ¡qué caridad! Si vos, Señor, que sois la verdad por esencia, no lo hubiérais dicho expresamente, ¿quién creería que baxo las especies de pan y vino nos dexábais para siempre todo lo que sois, vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra Alma, vuestra Divinidad, con todos vuestros inefables atributos?

Mas vos, ¡mi Dios!, habeis hablado. De vos ha recibido la iglesia vuestra esposa, columna y firma-

mento de la verdad, los mas illustres testimonios sobre vuestra real presencia en ese adorable Sacramento. Enmudeced, ¡ratiocinadores importunos! cautivad las luces de vuestro entendimiento en obsequio de la fe, acerca de un misterio de nuestra religion, que concurren á demostrar: I. Los oráculos del antiguo y nuevo Testamento. II. La creencia infalible y constante de la iglesia. Dos breves reflexiones que dividen justamente la materia, digna de esta cátedra, de vuestras atenciones y de mis débiles esfuerzos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, postrándoos con sumision ante aquel augusto y adorable Sacramento, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María.*

Thema ut suprâ.

Entre todos los misterios de nuestra religion, el de la Eucaristía es llamado el *de la fe*, porque sin cautivar el entendimiento en obsequio de ella, vamos expuestos á errar á cada paso. En efecto, el que se conduzca únicamente por las luces de la razon jamas podrá persuadirse á que en virtud de ciertas palabras, pronunciadas tal vez por un sacerdote indigno, á la substancia de pan y vino se substituya, por una especie de produccion, tan pronta como milagrosa, la substancia del verdadero Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios. Algunos discípulos incrédulos graduaron, según S. Juan, de duro este language: *durus est hic sermo.* Como si dixeran: ¿quién podrá comprehender que toda la substancia del

Cuerpo de Cristo se reduzca á un punto casi imperceptible, sin confusion alguna de sus miembros? ¿Quién podrá comprehender que dividiendo las especies en partes aun minutísimas, no se divida ninguno de los miembros? ¿Quién podrá comprehender que se multiplique, para decirlo así, el Cuerpo de Jesucristo á medida de la division de las partes de la Hostia? ¿Quién podrá comprehender que se coma una carne viva y animada, y se beba una verdadera Sangre del Cordero de Dios, sin que la vista, el gusto y demas sentidos perciban otras afecciones que las de pan y vino? *Durus est hic sermo.*

Así pensaban aquellos discípulos incrédulos, y así piensan en el día todos los que se conducen por las luces de su razon y el testimonio de sus sentidos. ¿Y qué les responde Jesucristo, cuyo carácter es la verdad misma? En verdad os digo, que

si no coméis la Carne del Hijo del Hombre no tendreis vida en vosotros. ¿Son estas por ventura palabras metafóricas? Nada menos. Son expresiones naturales, que deben tomarse en todo su rigor. El pan que yo os preparo, añade Jesucristo, es mi Carne misma, que va á ser entregada por la salud del mundo.... Mi Carne es verdadera comida, y mi Sangre es verdadera bebida. El que come (dignamente) mi Carne y bebe mi Sangre, habita en mí, y yo en él.

No es pues este un misterio que Dios haya entregado á la disputa de los hombres. Habló el Señor en palabras tan claras, que no admiten tergiversacion. No son pues discípulos suyos los que no reciben su doctrina en materia de Eucaristía; ni los novadores, que únicamente confiesan que las especies sacramentales son la figura del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, deben lisonjearse

de pertenecer á su iglesia. Esta ha sostenido siempre como un dogma de su fe la presencia real del Salvador en este adorable Sacramento. La idea de figura que le han querido substituir Calvino y sus discípulos en estos últimos siglos, se destruye por sí misma; y los que en el día la adoptan son aquellos de quienes dice un profeta, que ni quieren ver lo que miran, ni entender lo que oyen. Si cautivaran sus luces en obsequio de la fe, como los amonesta S. Pablo, verian y entenderian una realidad apoyada no sobre débiles fundamentos, sino sobre la palabra de Dios, clara, precisa, tan evidente, tantas veces inculcada, que se nos demuestra como palpable, sensible é irrefragable.

Abrid, os ruego, esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y hallaréis que á favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía deponen la ley, los pro-

fetas, el legislador y el evangelio. Oid algunos de estos oráculos, que cierran plenamente la boca á los impíos é incrédulos. Mis siervos, dice Dios por Isaías, mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán, y vosotros padecereis sed; mis siervos se alegrarán, y vosotros sereis confundidos. ¿Qué comida? ¿Qué bebida? ¿Qué alegría es esta en que el Señor promete distinguir á sus siervos? ¿Hablará por ventura el profeta de algun alimento terrestre? ¿De alguna bebida natural? Ah! ¿en qué distinguiría entonces á los siervos de Dios, en qué los distinguiría de los pecadores, que igualmente, y á veces con mas abundancia, participan del rocío del cielo y de lo pingüe de la tierra? Yo crio, añade el Señor, nuevos cielos y una nueva tierra, y os alegraréis en las cosas que hago. ¿Qué novedad sería dar á sus siervos un alimento que no ha re-

husado aun á los mas viles pecadores desde la creacion del mundo? ¿Recompensaria asi Jesucristo á los que le sirven?

¡Ah! entremos, señores, en el espíritu de la letra. Aqui habla el profeta de los siervos de Jesucristo. Dice que deben llevar un nombre nuevo, que los distinga como á su pueblo favorito y de eleccion. A favor de estos promete renovar todas las cosas, haciéndoles comer y beber con alegria de corazon. ¿Qué símbolo tan expreso del Sacramento augusto de nuestros altares! En él, como reflexiona un sabio, todo se renueva; pues reune en sí mismo todo lo que se encierra de grande y misterioso en la ley. Contiene el verdadero Cuerpo y Sangre de un Dios Hombre, que dándonos por alimento y bebida, renueva al mismo tiempo todas las cosas en nosotros, haciéndonos pasar de la vida del hombre viejo á la del nuevo,

por medio de un manjar que produce el consuelo y la alegria de los justos, y viene á ser como un gage de las delicias que les prepara en la eternidad.

No es menos expreso el testimonio del real profeta cuando dice: el Señor misericordioso y compasivo hizo memoria de sus maravillas; y dió de comer á los que le temen. No trata aqui Davido de la providencia benéfica con que Dios alimenta á todos los vivientes, para conservar el orden con que estableció el mundo. Habla de un nuevo prodigio, en que se ven confundidas todas las leyes de la naturaleza; donde se ve mudado el orden de las cosas, y donde se nos proponen como en compendio las maravillas del Señor á favor de los que le temen. ¡Alimento prodigioso! ¡Manjar incomparable! ¡Saludable banquete que nos ofrece Jesucristo en la Eucaristía, donde por una multitud

de prodigios incomprehensibles viene á ser el Pan de los hijos de Dios y la salud espiritual de los que dignamente le reciben! *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se.*

¿Qué diremos del oráculo de Zacarías, que prefiere el trigo de los electos y el vino que engendra vírgenes, á todo lo mas brillante y hermoso que la iglesia encierra? La grandeza, la magnificencia de sus templos, la magestad de sus ceremonias, la gerarquía, orden y subordinacion de sus ministros, todo esto cede al trigo y vino de que habla el profeta; porque baxo las especies de este trigo y de este vino se oculta y encierra el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. *Quid enim bonum ejus, quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?*

¶ Oigamos á Malaquías. Declara

este profeta á los judíos, que el Señor desprecia sus dones y reprueba sus sacrificios; porque hay un sacrificio nuevo, que se ofrecerá diariamente en todo lugar; sacrificio immaculado, que siendo tan perfecto como Dios exige, corresponde perfectamente á la grandeza de su nombre: *munus non suscipiam de manu vestra... in omni loco offeretur. Nomi meo oblatio munda... magnum est Nomen meum in gentibus.*

¿Qué sacrificio es éste, os ruego?

¿Por ventura el de la cruz? No, señores; porque este sacrificio reparó perfectamente la gloria del Padre, y obró nuestra reconciliacion con Dios, se consumó una vez sobre el Calvario; pues una vez muerto Jesucristo, no muere ya, ni volverá la muerte á dominarle, como dice el apóstol. El profeta habla de un sacrificio subsistente, que se ofrecerá perpetuamente en todo lugar, aun entre las naciones mas bárbaras, para que

su Nombre sea ensalzado y glorificado entre las gentes: *magnum Nomen meum in gentibus.* ¿Podia hablar con mas claridad el profeta del Sacramento y Sacrificio de nuestros altares, donde se renueva el misterio de nuestra reconciliacion, la memoria de la pasion y muerte de Jesucristo, la oblacion pura é inmaculada de su Cuerpo y Sangre; y esto diariamente y en todo lugar de la tierra habitada? *In omni loco offeretur Nomen meo oblatio munda.*

No me detengo á proponeros otros muchos oráculos y figuras del antiguo Testamento, que igualmente anuncian la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, por no exceder los justos límites de una oracion. Prescindo pues de la mesa, que segun David, nos preparaba el Señor, para que bestuviésemos á cubierto de todo temor, ni hablaré del cáliz de bendicion y de salud que nos pondria en estado de marchar á

pie firme entre las sombras de la muerte. Prescindo del convite que nos hace el Espíritu Santo, de ir á beber el vino que la Sabiduría nos ha preparado para crecer en discernimiento, y adquirir una abundancia de luces que nos conduzca al ejercicio de las virtudes. Prescindo del escudo inexpugnable que nos promete Ageo en el *Deseado* de las gentes, que estará en medio de nosotros contra el furor de nuestros enemigos, y que desde lo alto del trono en nuestros templos tomará á su cargo nuestra proteccion y defensa. Prescindo del cordero pascual que con solemne aparato comian los judíos, y del maná que para su alimento en el desierto les llovía del cielo; símbolos del Sacramento de nuestros altares, que no osarán negar aun los enemigos de la presencia real. Prescindo....

Mas dexemos ya las figuras, y vengamos á la realidad. Oigamos á

Jesucristo en el momento de instituir este adorable Sacramento. Aquí nos manifiesta con claridad sus pensamientos, é irrefragablemente nos demuestra que el Cuerpo que nos promete es el mismo que habia tomado en el seno virginal de su Madre, y el que iba voluntariamente á entregar al furor de sus enemigos. Tal fue su testamento y última voluntad. A este testamento llama *Nuevo*, y *Sangre del Nuevo testamento*. Si en esta ocasion pues en que Jesucristo nos dió su Cuerpo y Sangre en términos tan expresos y formales, nos fuera permitido decir que habló solo en figura, ¿qué cosa habria firme y que pudiera llamarse realidad, no solo en la escritura, sino aun entre nosotros mismos? Con igual derecho, como reflexiona un apolo-gista, con igual derecho podriamos afirmar que el Verbo eterno tomó carne en figura; que solo en figura padeció y murió; que vuestros ma-

yores solo os dexaron en figura los bienes que hoy poseeis, y que solo en figura los dexaréis vosotros á vuestros herederos. ¡Qué preocupacion! ¡Qué necedad! ¡Qué delirio! ¿Qué podrán en efecto reponer los enemigos de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia á un oráculo tan expreso? ¿Por ventura que habló metafórica y figuradamente como en otras muchas ocasiones? ¡Mas ah! reflexionadlo bien, hermanos errantes. Advertid, que cuando habla de su Cuerpo al instituir este adorable Sacramento, habla de un Cuerpo que va á ser entregado en manos de sus enemigos. Ni olvidéis que cuando en esta ocasion trata de su preciosa Sangre, trata de una Sangre que va á ser derramada por la salud del género humano. *Quod pro vobis tradetur. Qui pro vobis fundetur.* ¿Qué seria ver ser entregado á la muerte un Cuerpo, y derramada su Sangre en repre-

sentacion solo y figura? ¿Preparaba Jesucristo en la ocasion alguna brillante accion como las que representan los cómicos en el teatro? Volved en vosotros mismos, hermanos descarriados. ¿Osaréis decir que la pasion del Señor, su muerte, su sepultura, su resurreccion, pasó todo en figura? ¿No permitáis, amabilísimo Jesus, que nadie conciba ideas tan injuriosas á vuestra bondad y misericordia! Vuestras palabras fueron tan claras, que excluyen toda duda sobre su inteligencia, y vinieron á ser el cumplimiento de vuestras intenciones y ardientes deseos que habiais manifestado tantas veces.

Yo os dexo, decia Jesucristo á sus discípulos en la Cena en que instituyó este Sacramento; yo os dexo, mas no por esto os abandono. Vuelvo á mi Padre, de donde salí; pero esto no me impedirá estar diariamente entre vosotros, con quie-

nes estoy hasta la consumacion de los siglos; como si dixera: vosotros recobraréis baxo las especies de pan y vino al que perdeis baxo los velos de la Carne: *Hoc est Corpus meum. Hic est Sanguis meus.* Vuestras palabras, Señor, son de vida eterna. Nosotros las creemos. Conocemos y confesamos que tú eres Cristo, hijo de Dios vivo, que habitáis realmente entre nosotros hasta la consumacion de los siglos; lo cual firmemente creemos, no solo por el testimonio de vuestra divina palabra, sino por la fe constante de vuestra esposa la iglesia católica. Segunda reflexion, que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. El que no escucha á la iglesia, dice Jesucristo, debe ser reputado por gentil y publicano. Debemos pues recibir sus decisiones con aquel espíritu de sumision que exige la infalibilidad que Dios ha prometido á esta columna y firmamento.

de la verdad, contra la cual jamas prevalecerán las puertas del infierno. ¿Y qué siente y enseña esta madre acerca del Sacramento de nuestros altares? Los apóstoles que la fundaron, los concilios que publican sus decisiones, los padres sus defensores, los fieles que son miembros suyos, todos estan de acuerdo sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Los evangelistas, ó porque fueron testigos de la institucion de este Sacramento, ó porque fueron instruidos por Jesucristo ó por sus discípulos, todos convienen sobre el punto esencial. Hablan de un Cuerpo real y verdadero, que va á ser entregado á beneficio nuestro. El apóstol de las gentes no lo habia visto en carne mortal, y se explica sin embargo como los que lo habian visto. Refiere las circunstancias del misterio, las palabras del Salvador, que sobre la materia pro-

firieron los evangelistas, y nos declara como ellos, que el Cuerpo y la Sangre que el Señor nos dexa es el mismo Cuerpo y Sangre que iba á ofrecer por nosotros. Declara por reo del Cuerpo y la Sangre del Salvador al que indignamente le recibia; y protesta haber recibido del Señor esta doctrina: *ego enim accepi à Domino quod et tradidi vobis.* Nosotros pues creemos lo que creyeron los apóstoles, y practicamos lo que ellos practicaron. Yo oigo decir á S. Andrés, que ofrece diariamente al Dios inmortal el Cordeiro immaculado, que comido verdaderamente por su pueblo, subsiste siempre el mismo, siempre entero, siempre vivo. Ni se me oculta que el apóstol S. Pablo pregunta á los fieles de Corinto; si ignoran que el cáliz que bendice y el pan que divide es una participacion del Cuerpo y Sangre del Señor? Conducidos por tales guias, ¿quién osará du-

dar del acierto sobre la fe de este augusto Sacramento?

A la autoridad irrefragable de los fundadores de la iglesia; añádid el infalible oráculo de los concilios, depositarios de la fe é intérpretes legítimos de la palabra de Dios. Si estas augustas asambleas por espacio de muchos siglos se han contentado, dice un sabio apologista, con establecer el dogma, sin anatematizar el error, es porque el error no había nacido aún. Mas apenas se manifestaron los enemigos de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, cuando emplearon toda su autoridad para mantener el depósito del beneficio recibido. Apelo á las decisiones del concilio de Constantinopla en el vii siglo; á las del viii en Vercelis; á las del x en Roma; á las del xiv en Florencia. Universalmente se leen en ellas anatemas fulminados contra el error y sus partidarios. Por todas partes re-

suenan la misma doctrina, el mismo espíritu, los mismos oráculos, emanados del Espíritu Santo, y sostenidos desde la iglesia primitiva por una larga cadena de padres.

Estos varones ilustres, que la iglesia ha mirado siempre como fieles depositarios de sus dogmas y defensores de su doctrina, forman una constante tradicion, que no nos permite dudar de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares. Yo me detendria mucho si quisiese producir aqui todos sus testimonios. Bastará alguno otro para conocer cuál ha sido en todos tiempos la fe de la iglesia acerca de este misterio. Todo lo que yo deseo y apetezco, decia S. Ignacio, este ilustre mártir de los tiempos apostólicos, todo lo que yo deseo, es el pan de Dios, pan celestial, que contiene la Carne de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios vivo, y Dios en sí mismo. S. Justino y S. Irineo,

que florecieron en el II siglo; sabian cuál era la doctrina de su Maestro, y confiesan la presencia real con las expresiones mas terminantes. Consultad á los Orígenes y Ciprianos del III siglo; á los Hilarios y Ambrosios, que vivieron en el IV; á los Crisóstomos, Agustinos y muchos otros del V, VI y demas siglos de la iglesia, y los hallaréis acordes sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Eucaristía.

¿Qué mas? ¿No sabemos que los fieles primitivos, segun el testimonio de S. Lucas, perseveraban unidos para la fraccion del pan? ¿Seria éste algun pan material y terreno, ó el pan celestial y eucarístico? ¿Quién ignora que en estas asambleas de piedad, despues de la oracion y contemplacion se repartia este pan sagrado de que habla S. Pablo, que no era otra cosa que el verdadero Cuerpo de Jesucristo? ¿Y no fue ésta la universal creencia de los fieles

hasta que los sacramentarios sembraron el error y la cizaña en el campo de la iglesia? ¿No dimanaron de este funesto origen todos los errores é invectivas con que los enemigos de este Sacramento pretendieron en los últimos siglos obscurecer su realidad? ¿No vimos alarmarse contra este error los verdaderos fieles, congregarse la iglesia y anatematizar á los partidarios del error?

Despues de unas pruebas tan auténticas, de unos testimonios tan irrefragables, ¿qué partido debió tomar á mediados del siglo XVI sobre este punto el sagrado concilio de Trento? ¿Por ventura dice un apologista, oponerse á toda la venerable antigüedad, al sentimiento de los padres, á los oráculos de los concilios, á la doctrina de los apóstoles y de sus discípulos, al vaticinio de los profetas y á las palabras terminantes de Jesucristo? Nada menos. La iglesia, esta esposa del Cordero

sin mancha, congregada y presidida siempre por el Espíritu Santo, anatematiza (y nosotros con ella) á todo el que no crea la admirable conversion del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en virtud de las palabras del sacerdote. *Anathema sit.* Anatematiza á todo el que no crea esta union admirable, por la cual el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la Divinidad de Jesucristo estan realmente baxo las especies de pan, igualmente que baxo las del vino. *Anathema sit.* Anatematiza á todo el que no crea esta admirable multiplicacion, por medio de la cual, baxo cada una de las especies y baxo cada partícula de ellas se halla todo el Cuerpo, toda la Sangre, el Alma, la Divinidad y atributos de Jesucristo. *Anathema sit.*

¿Mas á qué fin anatemas en medio de un pueblo católico, heredero de la fe de sus padres, que

crea firmemente la presencia real de Jesucristo en el Sacramento augusto de nuestros altares, y que habita entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para colmarnos de bendiciones y de gracias? Yo solo he hablado hasta aqui para confirmaros en la fe de este misterio, y haceros ver que es razonable el culto, el obsequio y adoracion que le dais. Mas ahora os ruego que en desagravio de los insultos é injurias que Jesucristo ha recibido de los hereges, libertinos, materialistas y malos cristianos, principalmente en estos dias lúgubres, le adoreis en espíritu y verdad, postrándoos ante este Dios oculto, Padre de las misericordias y de todo consuelo, confesando que es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, y á quien se debe el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.